

## EL ANGEL Y EL MISIONERO

célebre como “El Rey del Cielo”, uno de los mejores

McCraken le preguntó si eso era posible bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez y el

En los niños y jóvenes hay que incentivar el espíritu de aventura, que sean capaces, valientes y busquen respuestas por sí solos, sepan investigar, ansíen explorar. Para que se decidan a emprender este camino, deben recibir el ejemplo de los grandes de la historia, y crecer en el conocimiento del Cristianismo, tarea prioritaria de sus familias.

Para cooperar en esta enseñanza, hablaremos del trabajo en equipo de dos hombres educados en los principios cristianos, que llevó a un acontecimiento que la juventud debe conocer para honrar y servir a sus protagonistas.

Era el invierno de 1921, un joven misionero dominico español, el Padre Benjamín Orozco, remaba en un río de la Gran Sabana de Venezuela, en las estribaciones del Escudo de las Guayanas, una de las zonas más apartadas, inexploradas y desconocidas del mundo.

Al doblar un recodo, el vasco se quedó pasmado. En medio de las crecidas aguas había un biplano marca Bristol, sobreviviente de la I Guerra Mundial, con os personas a bordo. Pasada la sorpresa se saludaron y presentaron.

Los tripulantes eran tan audaces, valerosos y decididos como el mismo sacerdote, el explorador escocés John McCracken y el pionero de la aviación James C. Angel,

pilotos del mundo, por sus proezas en la Gran Guerra, donde incluso fue auxiliar de Lawrence de Arabia.

Su nueva aventura los había metido en aprietos, venían desde Panamá, luego de cruzar la serranía de Parima, vientos contrarios los obligaron a realizar el aterrizaje forzoso en una isla del río. Le contaron a Orozco el motivo del viaje: llegar a la cima del Aucayma, donde estaba la mina de oro y diamantes que el escocés años atrás.

El encuentro fue providencial, el Padre Orozco era un experto en la vida de aquellas selvas, las más peligrosas del planeta, y les advirtió sobre la situación del territorio al sur del Orinoco, declarado de “libre aprovechamiento”, es decir, que la justicia no actuaba allí, muchos proscritos buscadores de oro andaban por las cercanías.

El sacerdote los llevó en la barca a la orilla, encendieron una hoguera y cenaron sopa de arroz con piraña. Conversaron muchas horas. Orozco les habló de sus conocimientos en la floresta tropical, los planes en defensa de los indígenas, de los maltratos y masacres sufridas y de su misión de acercarlos a la civilización, hacerles comprender que eran ciudadanos venezolanos y llevarlos al seno de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

religioso le respondió sonriente: “Los hombres pasan, pero la Palabra de Dios permanece. En lo que a mi se refiere, establecida la misión, avanzo sin prisas la labor apostólica, se necesita paciencia, puesto que la buena cosecha tarda en madurar.”

Los audaces exploradores intercambiaron acerca de sus aventuras, planes, sueños y aspiraciones, sus opiniones políticas, coincidieron en la necesidad de evitar otra guerra como la que habían vivido, la importancia de la democracia y la libertad, de llevar la religión cristiana hasta los más recónditos valles de América. Los hombres con decoro se conocen enseguida, se apreciaron al hablar con claridad en aquel lugar aislado del mundo: comenzó así una verdadera amistad.

Cuando el nivel del agua del río descendió, el español les proporcionó sogas para amarrar firmemente al avión desde el islote a un árbol de la ribera. Angel encendió el motor, alcanzó la máxima potencia y entonces el Padre Orozco, con un violento golpe de machete, cortó la cuerda, el Bristol dio un salto adelante, corrió sobre la isleta y rozó la superficie del agua, el Rey del Cielo hizo gala de su fama y despegando con suavidad, tomó altura, luego giró, pasó sobre su nuevo amigo, le saludó y continuó su itinerario.

Al día siguiente realizó un aterrizaje increíble en la cima de un tepui de dos mil metros de altura. Al amanecer se despertó con los pasos de McCracken en medio de la niebla, con una carga de oro y diamantes de su mina secreta; le dio un 15% del tesoro al piloto y contó la leyenda de Aucayma: “En el comienzo de los tiempos la Tierra era un lugar estéril, pero un día, el oro, representado por el sol, y los diamantes representando al hielo, decidieron unirse en la cima del Monte Sagrado. El oro fundió con el calor de su amor el frío corazón de los diamantes, y dio origen al agua, al río Padre de todos los ríos, que fertilizó los campos para nacer después las plantas, los animales y el Hombre”.

Por eso, sólo se debe coger lo necesario para vivir, sin avaricia, respetar el carácter sagrado de Aucayma. Angel y McCracken eran creyentes, regresaron al avión, el Rey del Cielo hizo acopio de toda su habilidad y ejecutó un peligroso despegue desde la aplanada cumbre del tepui, para ir sanos y salvos a ciudad Bolívar, la apacible capital del Orinoco.

Pasaron los años, Jimmy Angel llegó hasta China a entrenar los pilotos de Chiang Kai Shek, pero al norteamericano no le gustó el despotismo del caudillo y volvió a EE.UU. Se dedicó al cine, participó en arriesgadas acciones en películas de guerra. Se estrelló pero cumplió con las duras exigencias del director Howard Hughes.

La suerte le cruzó en 1932 con McCracken en un tren de Texas, el viejo explorador le donó su mina, con dos condiciones: sacar sólo lo necesario para una vida cómoda y donar el 10%

para aliviar las penurias de los desempleados en esos años de crisis.

En 1933 intentó llegar a la zona del Escudo guayanés, pero se estrelló en plena selva, la fuerza de voluntad y la fe en Dios del piloto, le dieron el ánimo para llegar a Puerto Ordaz, luego de cinco días de caminata por la selva. Se hizo el firme propósito de volver.

En efecto, atraído por la magia de regiones desconocidas, en 1935 estaba en Ciudad Bolívar. Fue con su esposa, la atractiva Mary, entusiasta de las aventuras. Al llegar recibió el espaldarazo del explorador aéreo español Félix Cardona, quien le alentó y le pidió colaboración en la búsqueda del río Padre de todos los ríos.

Una feliz mañana, volando bajo sobre la Gran Sabana, distinguió a un hombre que marchaba por la inmensa llanura y le saludaba con amplios gestos. Aterrizó y se asombró: ¡Era el Padre Benjamín Orozco!

Se abrazaron emocionados. El español le contó de sus años en la misión, cómo vivían de los recursos de la selva, los contactos con las diferentes tribus, que se catequizaban con lentitud, sus expediciones a lo profundo de la región. Jimmy se convenció de que su amigo era el principal conocedor de los secretos del macizo guayanés y le invitó a llevarlo a Ciudad Bolívar a ver al obispo. Orozco nunca había montado en avión, pero confió en la pericia del amigo y exclamó: “¡Vamos, y que sea lo que Dios quiera!”.

Desde lo alto, el sacerdote se admiró de la belleza del paisaje, compartieron el disfrute de la vista y empezaron a identificar

lugares conocidos. Jimmy Angel le señaló a lo lejos el gigantesco Auyán Tepui. El vasco le dijo que eran dos en realidad: la mitad izquierda era el Paran Tepui, estaban separados por el Cañón del Diablo y los indios decían que por allí estaba el río Padre de todos los ríos, que nace en las nubes.

Con la seguridad de esa afirmación de una autoridad de la Gran Sabana como era el vasco, el piloto pensó que Auyan Tepui podía ser la montaña de la mina, estaba a 300 Km. al sur del Orinoco y 50 al este del Carona, como le había revelado McCracken.

En la ciudad consultó con su esposa y la exploración del Auyán Tepui quedó decidida. Al amanecer del 25 de marzo de 1935, después de encomendarse a Dios, Jimmy Angel comenzó el ascenso al sendero de la inmortalidad. Era el alba de una jornada inolvidable para la geografía mundial.

El aerodinámico De Havilland Tiger avanzó en el largo recorrido guiado por el pionero del aire con las primeras luces, el paisaje se engalanó y el Rey del Cielo se extasió con aquel regalo del Señor y le dio Gracias a Dios por permitirle contemplar semejantes maravillas.

Al acercarse al Auyán Tepui, el cielo estaba despejado y sobrevoló largo rato con calma la extensa meseta; logró ver el cañón del que el Padre Orozco le habló; enfiló hacia adentro del largo desfiladero de unos mil metros de ancho y voló con sumo cuidado entre los enormes muros de roca. Después de atravesar la mayor parte, y antes de salir a la gran sabana, de pronto se le presentó una prodigiosa visión: ¡el río Padre

de todos los ríos! Quedó fascinado, ¡Dios! Fue todo lo que dijo, ¡Dios! El Creador había mostrado por primera vez a la civilización una de sus obras perfectas, la más alta catarata del mundo, 979 metros de caída libre de agua en forma de una enorme cola de caballo, desde la cima de la meseta de las Guayanas hasta caer en la Gran Sabana de Venezuela, un portentoso espectáculo.

Jimmy Angel, sin salir del asombro, redujo la velocidad, pasó otra vez frente al soberbio salto. La fantástica catarata no era un espejismo, la hermosa verdad allí estaba magnífica, era real. El colosal chorro de cristalinas aguas se abría cual fastuoso abanico, era lo más grandioso sobre la faz de la tierra; el tuvo suerte de revelar uno de los secretos mejor guardado de la Naturaleza. Descubrió la impresionante catarata que en lo adelante se llamaría Salto de Angel hasta el fin de los siglos, ese día inscribió su nombre en la historia.

Sin embargo le fue muy difícil probar la existencia de la sublime cascada. El lugar era demasiado apartado, sin vías de acceso. Llegaron las lluvias y la intensa nubosidad cubrió con un velo el paisaje. Sólo dos hombres le creyeron: Félix Cardona, que de inmediato preparó una expedición para ir al Salto de Angel, y su amigo el Padre Benjamín Orozco. Al felicitarlo éste, el piloto le recordó que fue por sus indicaciones que había dirigido sus investigaciones por el rumbo del Auyán Tepui y podido protagonizar el magnífico hallazgo. El sacerdote sólo dio gracias a Dios, y le aseguró que pronto la ciencia reconocería la

certeza del hecho y la fama le sería propicia

Así fue, diez meses después, grupos de exploradores, periodistas y científicos avistaron la zona por aire y tierra, entre ellos Félix Cardona, y confirmaron el descubrimiento. Otros curiosos fueron llevados por el propio Rey del Cielo en su aparato. También el Padre Orozco lo visitó con los indígenas de la misión. Entonces la figura de Jimmy Angel se cubrió de gloria imperecedera.

El Salto de Angel, que los indígenas llaman Churún Merú, se encuentra hoy dentro del Parque Nacional Canaima. Cerca se ha colocado una tarje en recuerdo a su descubridor- El gobierno de la república creó un monumento en Ciudad Bolívar, con el aeroplano utilizado en el memorable viaje, canto a la amistad, el honor y la perseverancia para aquel que desafió el peligro con la confianza puesta en Dios, y llevó a cabo una hazaña inmortal, paradigma para las generaciones presentes y futuras.

Tepui: grandes mesetas que integran el Escudo de las Guayanas, uno de los relieves más abruptos y antiguos del planeta.

Colaboración de  
Rafael Jesús de la Morena  
Santana  
Parroquia de San Juan Bosco.